



## Se Oyen las Musas

● Par Luis Sánchez Latorte

**D**E cuando en cuando nos vemos todos, de nuevo, en el cementerio. Nos miramos, nos abrazamos con cierta perplejidad, o con cierta normalidad, como diciendo: "No hay lugar mejor que éste para saludarse de tarde en tarde". "Hasta que no nos saludemos más", sería la mejor respuesta. Recuerdo que con motivo de la sepultación de Juan Florit, René Vergara me trasladó a mi casa, en su Peugeot último modelo, desde el cementerio. Pasando por la calle Olivos, me dijo: "¿Te acuerdas, aquí, de los locos?". Le respondí: "Por supuesto. Cómo olvidarlos...". René Vergara observó un BMW que se puso adelante y me dijo: "Ese es un auto". Le contesté: "Pero en el que nos movilizamos hay muchísimo de bueno". Conversábamos de cualquier cosa. En algún instante René Vergara hacía unas inspiraciones hondas. Me hablaba del mal estado de sus coronarias. Yo no le creía demasiado. Lo veía rotundo, jocundo. Poco tiempo después su muerte súbita me llenaba de asombro. Como disciplinado presidente, entonces, de la Sech, pronuncié la oración fúnebre de rigor en el camposanto. Escribí, además, un artículo.

Hace menos de una semana, el fin de año se descargó con fuerza sobre las musas. El mismo día, el martes, casi a la misma hora, llegaban al crematorio, altos hornos de la temporalidad terrestre, Laura Arrué viuda de Arce (Romero Arce), Armida Figueroa Fernández, hija de don Virgilio Figueroa, y el doctor Arturo Alcayaga Vicuña, autor, nada menos, de "La descalcificación del caballero" y "Las ferreterías del cielo", entre otros poemarios de vanguardia. Según quienes lo estimaron a fon-



do, el Dr. Alcayaga constituyó lo que antiguamente llamaban un "loco lindo", un tipo de mente excepcional, a contrapelo de la monda y prosaica realidad. En el camposanto observé un formidable revolotío de dolientes y acompañantes extraviados de sepelio. A mi lado, cada uno para su santo, cruzaron sin verme, como si yo hubiese estado muerto, los críticos Víctor Carvacho y Ricardo Binds. No sabían qué camino tomar cuando en el cementerio todos los senderos, a la postre, llevan al mismo punto. Yo caminaba cabizbajo sin despegar, eso sí, los ojos de la caja de mi gran amiga difunta. Musa de una generación de notables poetas, casada con el enorme compañero no siempre bien leído Homero Arce en vista de la dedicación que prestó al ejercicio de su consejería áulica de Neruda, los despojos mortales de Laura Arrué fueron los primeros en entrar al recinto del crematorio. Después lo hizo el féretro de Armida Figueroa Fernández, la hija de don Virgilio. Dos educadoras, Laura y Armida. Allí, esperando a ambas, estaban los Premios Nacionales Humberto Díaz-Casanueva y Luis Gómez Catalán. No podía yo quedarme a la serie completa de homenajes. El calor natural arreciaba. Los discursos, todos muy sentidos, se desgranaban. Armida Figueroa, a quien vi dos o tres veces durante su fecunda existencia, era un chisporío de pasión cultural y de ingenio. ¿Qué hubiese comentado de aquello?

Al salir encontré, paseándose por el prado de los alrededores, al pintor Sergio Montecino acompañado de un amigo prominente. Me preguntó por los funerales de Alcayaga. Le dije que en esos momentos se efectuaban los de Armida Figueroa. "¿Y Alcayaga?" preguntó con su eterno aire de inocencia. "Ya vendrá, ya vendrá", le contesté con la seguridad del que conoce a fondo el destino de los hombres.

# Se oyen las musas [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Se oyen las musas [artículo] Luis Sánchez Latorre.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile